

## ARTICULO CUARTO.

PORQUE ES EL HOMBRE MAS ENFERMIZO Y CAPAZ AL MISMO TIEMPO DE MAS MODIFICACIONES QUE NINGUN OTRO ANIMAL. ENFERMEDADES QUE LE SON PECULIARES.

Obsérvese ahora al hombre dueño de la tierra, y miresele cual ejerce el imperio del bien y del mal sobre todo lo criado. Por entre innumerables órganos echa un abultado cerebro mil ramificaciones de nervios, compartiendo, por decirlo así, la vida y preciosísima sensibilidad: todo corre en armonía, entroncándose en el centro de la racionalidad, en el maravilloso depósito del pensamiento, ó mejor, en el santuario do manda el alma, obedeciéndole con indecible rapidez todos los miembros.

Tiéndase luego la vista por esa delicadísima estructura, esa organización móvil y flexible que se conmueve ó vibra al mas leve impulso; por esa piel desnuda en extremo sensible al mas liviano roce; por esas manos, portentosa muestra de habilidad y finísimo tacto; por esos órganos, en fin, de los demás sentidos, que, sin ofrecernos la pujanza patente en muchos irracionales, son sin embargo mas cabales y sutiles, y guardan entre sí mas perfecto equilibrio.

El inapreciable don del pensamiento y de la imaginación; la facultad de descubrir perspicazmente las causas de las cosas y de poder comunicar nues-

tros conceptos y arranques por medio de la palabra, por el no menos elocuente lenguaje del acento y las miradas, como tambien por la escritura; esa dilatada niñez, que, con su flexible organización, nos permite doblarla si se quiere, acostumbrarla á todo, é instruirla; ese vínculo necesario de la sociedad robustecido por el cariño de entrambos sexos y el pueril desvalimiento: todo se auna para trasladar á nuestros descendientes el patrimonio de la experiencia y de las luces de todos los siglos.

Débil el hombre por naturaleza, y sin armas ni vestidos, sin fuerzas ni abrigo, érale preciso ser omnívoro y ciudadano á mas del mundo entero; necesitaba echar el resto de la industria y sacar adecuada utilidad del fuego, las ropas y el albergue, del cultivo, la pesca y la apacibilidad de sus animales caseros, y por último, de esos frágiles leños que atraviesan los mares: por lo dicho es el hombre singularísimo; todo le constituye el mas extraordinario de los vivientes que pueblan el universo.

En efecto, el irracional no vive mas que para saciar su estómago y torpes sentidos, vive por sus músculos y miembros; alárgase por lo mismo su hocico en busca del pasto, arquéase, como á fuer de un mandato que le obliga á mirar ese suelo como su único dominio, en la indolente y material existencia que le abruma: todo en él nos dice que vive únicamente por instinto, para enhilar dias tras dias, sumido siempre en el mas completo egoismo. Racional empero el hombre, ve algo mas que sus sentidos; columbra un porvenir; agólpanse en su



celebro mil especies **que** ante todo se encaminan á la necesidad de su **subsistencia** y la de su familia: y no hay para que **extrañar** que el hombre, débil por naturaleza y falto de **todo**, se desvele y acuda al raciocinio, á la industria, y aun á veces á la maldad y al engaño, para **guarecerse** contra los vaivenes de la vida. Vive pues mas **en** su cerebro ú en los órganos de relacion exterior **que** en los de la nutricion y de las vísceras; es en **consecuencia** mas vidrioso que forzudo, equilibra **racionalmente** su sanidad, y sus facultades son muy **diversas** de las del bruto.

Preséntase por lo **mismo** sumamente nervioso y sensible á las menores **impresiones**. No es tanto el puñal que hiere su **pecho** como la acalorada impresion que recibe su **celebro** y pone de antemano en convulsion todo su **sistema**, quien le arranca dolientes ayes. El **irracional** solo siente el golpe, sin que le aterre antes nuestra imaginacion ardiente: es para él el porvenir un **punto** imperceptible, y como nunca vió, ni en **fantasma**, la muerte, no la teme.

El **irracional**, que vive antojadizamente por su cuerpo, está mas equilibrado que nuestra especie en lo que atañe á la salud; su potencia vital, regularmente compartida entre sus miembros, coordina uniformemente sus funciones; nada le aguija ni turba; apréstale el amanecer la comida, y á faltarle, anda en su busca sin desazonarse ni adolecer de zozobras: muere sin asomo de sospecha. Concedióle la naturaleza intestinos pujantes, que sin dificultad dijieren los alimentos mas crudos y nada condimentados, cuando nuestro delicado estómago requiere

manjares sabrosos y bien cocidos. Solo come el **irracional** en cuanto lo requiere la urgencia; incitado empero nuestro paladar por el arte dañino de los cocineros, nos incita con frecuencia á ahitarnos de alimentos, y nos hace no pocas veces perecer víctimas de la destemplanza (1).

Siguense de esta humana complexion un sinnúmero de males y predisposiciones achacosas, importantísimas para nuestro objeto, puesto que nos facilitarán el conocimiento de nuestra naturaleza, señalándonos al propio tiempo el mas seguro sendero de curacion.

Viviendo en lo que mira á los órganos de relacion mucho mas que los brutos, subordinado al sistema nervioso cérebro-espinal, gozando una existencia exterior, dilatadísima y exorbitante, dotado de lisa piel y finísimo tacto que rápidamente conmueve por simpatía todo el sistema de la vida animal; vese el hombre mucho mas espuesto que los irracionales á las calenturas y ataques de nervios; en razon de que el denodado impulso de la vida exterior ocasiona la proporcional debilidad de las vísceras nutritivas (vida orgánica de Bichat), las cuales dominan á los brutos, manteniéndolos sanos y robustos.

Concrétese el hombre á gozar la existencia casi física y maquinal de los irracionales: veréisle sano y materialmente fuerte; indolente empero, insen-

(1) Hieron Rorarii, *Quod animalia bruta ratione utantur melius homine*, lib. II, Paris, 1648, en 8º. No por otra razon veanse libres los brutos de las enfermedades hereditarias. Stahl, *Theor. medica vera*, tomo II.



sible y lelo; vejando, comiendo, bebiendo y durmiendo á guisa de verdadero fátuo, ó cual si habitase un terrenal paraíso, donde se cebarán sus carnes en ocioso embeleso. No bien hubo catado el hombre el fruto del árbol de la ciencia, dice Stahl (1), cuando en pos de la sabiduría penetró la muerte en la tierra. Llama aquel esclarecido médico á la razón humana *el verdadero pecado orijinal*, fuente de donde manan casi todas las innumerables dolencias que acosan á nuestra especie en el regazo de la sociedad; esto mismo movió á Juan Jacobo Rousseau á esclamar que si nos quiere la naturaleza sanos, el hombre que medita es un animal dañino.

Con todo, no habiendo esos célebres autores deslindado las causas de las enfermedades forzosamente resultantes de nuestro estado social y del tristísimo patrimonio de la existencia que llevamos; no nos parece ocioso tratar de resolver este importante problema patológico.

Si está fuera de duda que somos mas enfermizos cuanto mas civilizados, fuerza es confesar que nuestro estado de perfección repugna á la naturaleza. Dignísima es de ilustrarse esta cuestión incidente, puesto que, al parecer, se acusa de inconsecuencia al Autor mismo de la naturaleza; ya que nos quiere sanos en la irracionalidad, y enfermizos en la ilustración. Unicamente deja remontar el vuelo de la razón á un precio, como en compensación, carísimo; obliganos á perfeccionar la sociedad, sin la cual

(1) *De frequentia morborum in corpore humano præ brutis.*

no nos fuera dado subsistir, en las rejiones frias sobre todo, y castiganos así por lo visto con la mayor injusticia.

Ello es que debemos reconocer en los designios de la naturaleza mas nobles y elevados fines, puesto que su providencia obra por un igual sobre todos los vivientes. En verdad que no ha nacido el hombre únicamente para su especie, ni mucho menos para sepultarse en individual egoísmo; debe tambien descollar nuestra existencia como parte del inmenso todo. Siendo debilísimos los irracionales y las plantas para subyugar al hombre, y ejerciendo este por lo contrario el imperio de vida y muerte sobre aquellos, debia la naturaleza ofrecernos un contrapeso, por manera que encontrásemos en nosotros mismos un dique contra la inmensa estension de nuestros brios.

El hambre es el primero; la inevitable lucha de las naciones, las sangrientas refriegas, la peste y el tifo consiguientes á la reunion de innumerable muchedumbre; tales son los jeneralísimos azotes que nos hostigan. No obstante ser hija de la naturaleza esa especie de necesidad de reunirse en tribus, pueblos ó naciones, estaba sin embargo en el orden que nos cupiese, con ese estado favorabilísimo á la propagación y al universal imperio que debiéramos ejercer sobre la tierra, otro empuje que al propio tiempo se encaminase á la destrucción parcial, una dosis de muerte para equilibrar el imperio de la vida que en su encumbrado auje volcaria todos los vivientes y la animal economía. ¿No vemos acaso en la socie-



dad de las abejas, millares de individuos, hembras en sus órganos, empero neutros en la jeneracion, y á quienes defraudó naturaleza los placeres de la cópula? ¿no les ha condenado á perpétuo trabajo, á guisa de esclavos, para alimentar únicamente los frutos de la prodijiosa fecundidad de su reina? prueba incontrastable de que la naturaleza sabe con frecuencia sacrificar peculiares intereses para llevar á cabo sus planes jenerales. Es innegable que cuanto mas se estrecha el vínculo social, mas á proporcion deben sacrificarle los hombres sus derechos, y aun su libertad individual, debiendo siempre ceder el interés del miembro al del cuerpo entero.

Conviene pues sentar por principio jeneral que es forzoso que el hombre se sacrifique á veces voluntariamente por el bien comun; obedeciendo con esto el grande impulso de la naturaleza, y cumpliendo el deber mas heroico. Así que, en toda sociedad, parto de la naturaleza, como esencial á nuestra especie, dirán que son las dolencias, y si se apura, los vicios, medios necesarios para desempeñar los fines que entabló quien estableciera ese dilatado eslabonamiento de vivientes con imprescindible apoyo y dependencia.

Pero, por lo tocante á los individuos, esles á cada uno peculiar el amor propio, símbolo de la conservacion, resplandeciendo así el mútuo equilibrio de las especies, embelesante efecto de tan admirable combinacion.

Rey entre los demás entes, necesitaba el hombre

mayor maña y mas escelso espíritu; siendo patente que la noble prerogativa de su mas entretrejida y sensibilísima organizacion, inevitable oríjen al propio tiempo de la mayor parte de sus dolencias, es con todo el mas firme apoyo de la sociedad.

No es pues otra cosa delinear el cuadro de las humanas dolencias que pintar las consecuencias de la sociedad, puesto que van siguiendo sus medros, sus mudanzas, y, por decirlo así, su destino. Váyase subiendo desde el estado errante y salvaje á la vida pastoril; sígase desde el sencillo colono, y deteniéndose en todos los grados de la sociedad, lléguese á la jerarquía mas eminente, á la suma cumbre del edificio social, y veránse seguir siempre en aumento las enfermedades y diversos achaques, azote de nuestra especie. Como de antemano es ya el hombre en su natural estado, y á efecto de su sensible organizacion y delicada fibra, mas enfermizo que ninguno de los demás vivientes que mira bajo sus plantas; no de otra suerte, cuanto mas elevada sea en el mundo social su alcurnia, nadando en el lujo, en los placeres, y aun en los excesos que medran á la sombra de la opulencia, verásele mas flojo, endeble y mimado que al hombre rústico, á quien robustece la precision del trabajo, sin anadarle como al otro los halagüeños alicientes de la afeminacion. Desmorónase por lo mismo y se destruye cuanto mas se encumbra la sociedad humana, á impulsos de las mismas causas que constituyen al racional mas enfermizo que al bruto: de ahí es que propenden todos á encumbrarse para reempla-



zar las víctimas de la opulencia. Existen pues para todas las jerarquías, como para todas las condiciones, ciertas clases de males, consecuencia del clima como del gobierno á que vivimos sujetos: necesario aunque secreto eslabonamiento mal conocido por cierto de Ramazzini (1), Stahl (2), Tissot (3), y de cuantos solo en parte observaron los achaques acarreados á los individuos que viven en voluntaria sujecion social.

Si no es nuestra especie mas que una serie continuada de enfermedades que nos acompañan desde la cuna al sepulcro, segun afirma Hipócrates, en verdad que nos es funestísimo el don de la existencia. Ello es indudable empero que nos quejamos mas que padecemos, y si nos crió naturaleza sensibles á los padecimientos, diónos en contrapeso, como para guardar indispensable equilibrio, desmedida capacidad para los logros y placeres. No conoce un árbol el dolor, mas tampoco el placer, y si bien brotan de la sociedad muchísimos males á par de bienes volanderos, fuerza es con todo confesar que la tan decantada condicion salvaje vese mas que ninguna otra espuesta á durísimas privaciones. Cortísimo es por lo mismo entre ellos el número de los recién-nacidos; vense bárbaramente abandonados los ancianos, los enfermos, las hembras y los niños, á quienes no es dado alimentar por falta de subsistencias. No por otra causa espiran con frecuen-

(1) *De morbis artificum.*

(2) *De morbis aulicis.*

(3) *Des maladies des gens du monde.*

cia de hambre y de frio, ó á impulsos de la intemperie, ó faltos en fin de todo. Unicamente los individuos forzados contrarestan tamaños quebrantos; aniquílese sin embargo por grados su existencia, en razon de la pujanza que ha de emplear en la caza, en la pesca, etc. Es indudable que al lado de las errantes y miserabilísimas rancherías que vagan por los páramos de la América septentrional (1), prosperan que es maravilla los habitantes civilizados de los Estados-Unidos; multiplícanse prodijosamente,

(1) No se crea sin embargo que sean los salvajes mas enfermizos que el hombre social, pues, por lo contrario, observa Benjamin Rush (*Medical inquiries and observat.*, Filadelfia, 1789, en 8º, tomo 1) que no padecen los hijos de los salvajes denticion ni lombrices; que no se encuentran entre ellos jorobados ni raquíticos, ni los desmaman hasta cumplidos sus dos años; que confian á la naturaleza la curacion de sus llagas; pero que al paso que se van engolfando en la civilizacion, vense acosados de mayor número de dolencias. Cullen enumera seiscientas doce enfermedades ó sintomas dependientes de los nervios, desconocidas todas de los salvajes. Es de notar por último que si les azotan menos achaques, toman sin embargo con frecuencia en ellos mas mortífero aspecto, á causa de su existencia errante y precaria, y de las privaciones é intemperies, que les rodean.

Adolecen con frecuencia en el norte de la tisis ó consuncion, la pleuresia, el asma y la parálisis (Charlevoix, *Nouv.-Fr.*, tomo III; Lafiteau, *Mœurs des sauvages*, tomo II, pág. 460; Lapotherie, tomo II, pág. 37.); en el mediodía, hacen estragos el cólera-morbo, las inflamaciones intestinales, etc. Padecen tambien otras enfermedades orijinadas de las fatigas y escesivos trabajos de la caza y de la guerra. Acaba con ellos el cansancio, y con el hombre social la destemplanza. Aun mas; esta destemplanza daña únicamente por lo regular á los ricos, cuando á



y pasan mas dichosa, tranquila, larga y menos doliente existencia que sus vecinos. Bastaria este hecho para decidir la cuestion y evidenciar que nos crió la naturaleza para la vida social, es decir, al hombre para el hombre, si bien sea no menos cierto por otra parte que da en mil escollos cuanto mas se engolfa en la civilizacion.

Admirablemente equilibrado en sus facultades, segun ya hemos visto, consérvase el irracional por lo regular muy sano en su condicion bravía, debiéndolo fundamentalmente á la natural robuztez de su aparato digestivo. El amor no es en él un veneno, puesto que únicamente le ajita en la estacion del zelo. De ahí es que las castas salvajes de cuadrúpedos, aves, etc., solo se muestran propensas á úlceras en la piel, sarna y disposiciones herpéticas; cubiertas de pelos, plumas ú otros tegumentos sólidos, apenas ajan su parte exterior las enfermedades. Sanas en lo interior, solo deben temer los fracasos externos, las contusiones y heridas, ó la pérdida de algun miembro. Vense en verdad espuestas á alimentar animalillos voraces, ya exteriores, como los piojos, ya interiores, como distintos gusanos. Guíalas de ordinario el instinto, y buena prueba es de ello el vómito que en sus desazones saben provocarse los perros, los lobos y otros muchos carnívoros glotonos.

aquellos los tratan por un igual las privaciones. A vista de observaciones individualizadas, cree Robertson (*Hist. d' Amér.*, t. II, páj. 90) ser mas corta la vida en los salvajes que entre los pueblos civilizados.

Pero conforme van domesticándose, empiezan ya á adolecer la mayor parte de las especies de las enfermedades resultantes de un jénero de vida contrario al órden natural. Acosa por esto á los cerdos la lepra oriñada en parte de las hidátides (1). Los carneros, á mas de la morrilla, especie de erupcion virulenta, vense espuestos á hidropesías enquistadas y á enfermedades del hígado, á lombrices (2) y á otros achaques nacidos de la hidátide del cerebro (3). Otros animales son víctimas de la oftalmía, los caballos del muermo, especie de tisis pulmonar; los bueyes y otras especies de los contagios epizoóticos, como el antraz gangrenoso; y por último, los carnívoros estan espuestos á la hidrofobia, etc. Vense tambien perros raquíuticos, y los zarceros de piernas torcidas son, en sentir de Buffon, una degeneracion de esta especie.

¡Qué riquísimo es el hombre en males, dejando aun aparte los ya citados, á que tambien está sujeto! Ofrecense ante todo las calenturas esenciales, que aparecen cual patrimonio de la humanidad, puesto que, dejando aparte el azote epizoótico, que consume en abrasada fiebre á los ganados, rarísima es la vez que se ceba en los irracionales ningun achaque febril, ya continuo ú intermitente. El hombre debe su extraordinaria disposicion pirética ó febril á su misma movilidad, á esa esponjosa vidrio-

(1) Los *cysticercus cellulosa*, Rudolphi, como tambien el *cysticercus finna* de Zeder, etc.

(2) *Distoma hepatica*, R.

(3) *Cœnurus cerebri*, R.